

FERNANDO URBINA RANGEL

PARA MANUEL Y DELIA

CINCO POEMAS, CINCO FOTOGRAFÍAS



FERIA INTERNACIONAL
LIBRO de CALI 2025

 **GEUP**
GRUPO DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO

Colección:
En memoria de Juan Camilo Sierra Restrepo



Universidad
del Valle

Programa *Editorial*

Editorial



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA



FERNANDO URBINA RANGEL

PARA MANUEL
Y DELIA

CINCO POEMAS,
CINCO FOTOGRAFÍAS

FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO de CALI 20

 **GEUP**
GRUPO DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Urbina Rangel, Fernando, 1939-

Para Manuel y Delia : cinco poemas, cinco fotografías / Fernando Urbina Rangel. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Editorial ; Cali : Universidad del Valle. Programa editorial., 2020.

1 CD-ROM (26 páginas); ilustraciones (algunas a color), fotografías.

ISBN 978-958-794-276-7 (e-book)

1. Poesía colombiana 2. Poesía afrocolombiana 3. Literatura folclórica afrocolombiana. I. Título II. Serie

CDD-23 861.865 / 2020

© Fernando Urbina Rangel
© Universidad Nacional de Colombia
© Universidad del Valle

Gestión editorial

Editorial Universidad Nacional de Colombia

Diseño de carátula

Diego Alejandro Soto C.
Universidad de San Buenaventura Cali

Diagramación y maquetación

Andrea Kratzer Moreno
Editorial Universidad Nacional de Colombia

ISBN: 978-958-794-276-7 [digital]

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio
reprográfico, sin la autorización escrita de los editores y de los propietarios del
copyright.

Primera edición, octubre de 2020

Edición especial para la Feria Internacional del Libro de Cali.

2020

PARA MANUEL
Y DELIA

CINCO POEMAS,
CINCO FOTOGRAFÍAS

PARA MANUEL Y DELIA

CINCO POEMAS, CINCO FOTOGRAFÍAS

Hace casi media vida conocí al maestro Manuel Zapata Olivella con ocasión del libro *El hombre colombiano*, publicación que se venía gestando dentro de una serie de gran aliento en la que estaba comprometida Antares, una de las más connotadas casas editoriales de esa época.

Colaboré con algunas ilustraciones. Desde entonces, siempre que nos topábamos el jocoso maestro comentaba —con su sabrosa y habitual guasonería— que algún enredijo hube de tener con la fermosura que aparece en una de las páginas de su obra. Era, nada menos, “la Divina Eulalia”, una muchacha embera recién salida de la adolescencia, cuya espléndida belleza había logrado detener —para una vida no tan efímera— en una de las miles de tomas fotográficas que hice entre ese maravilloso y altivo pueblo de las selvas y ríos chococanos, por allá en el año de 1973. Ahí, en la ilusión de lo escrito con luz, sus enhiestos atributos continúan desafiando la gravedad inclemente del tiempo.

Muchos encuentros hubo en nuestras vidas. Destaco otros tres que tuvieron una especial resonancia. En uno de ellos me correspondió comentar aspectos de *La rebelión de los genes*, una de sus últimas obras.

El lanzamiento del libro tuvo lugar en el Aula Máxima de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional —otro de los presentadores fue el genetista Emilio Yunis—. Recuerdo haber hecho hincapié en la página mejor lograda entre las muchas buenas que tiene ese texto: aquella en la que el escritor narra lo vivido cuando pernoctó, insomne y en solitario, dentro del lúgubre recinto de una de esas fortalezas del litoral africano en las que los esclavistas hacinaban a su doliente mercancía, antes de embarcarla en el horror sin retorno. Manuel se pasó la vida sintiendo esas cosas de la piel hacia adentro, profundizando en esos dolores, luchando contra las desesperanzas de su gente, recordando más allá de las crónicas, haciendo aflorar transfigurados en sus enjundiosas y múltiples obras los recuerdos y rebeliones que se guardan en los misteriosos vericuetos de los genes.

Otro encuentro tuvo lugar cuando le hicimos un homenaje en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional. Tuve la dicha de hacerle entrega de cuatro de los poemas que aquí figuran. Poco antes —o poco después, ya no lo recuerdo—, don Zapata había tomado la palabra —cosa nada difícil en él— durante los momentos que suelen dedicarse a las presentaciones de rigor en la inauguración de una de mis muestras fotográficas. Sucedió en la Sede Cultural que la Universidad de Salamanca tiene en Bogotá, adscrita a su vez a la Universidad Central. Habló bellamente de mis cosas y, por supuesto, hizo deliciosas alusiones a “la Divina Eulalia”, la hija de los aprendices del jaibaná Fernando y Olga y nieta del gran Angelino Tapí, el más grande “cantador de jai” del río Catrú y del alto Dubaza.

Si bien la imagen de “la Divina Eulalia” no era un presupuesto del presente escrito, ahí la incluyo también en razón de lo mucho que se ha nombrado y, para que no quede desguarnecida, la acompaño con el poema correspondiente.

La muerte de Delia me afincó en el alma un ritmo marcado por el cascabeleo de sus collares de semillas. Cierro los ojos y la evoco caminando sonora por los senderos de la Universidad Nacional. Cuando la encontraba por allí, siempre le decía:

—Bueno, Delia ¿cuándo vamos a hacer aquello?

Y el tal *aquello* era un viejo proyecto que le había esbozado varias décadas antes y que consistía en irnos con su tropa de bailarines a algún playón del Caribe, del Magdalena, del Sinú, del San Jorge o del Cesar a hacer un buen registro fotográfico en una noche de hogueras y velones, en la que pudiéramos repetir dentro de un ámbito un tanto más primigenio lo que fueron esos ritos, cuando los esclavos dejaban de serlo al liberar la voz de sus ancestros guardada en los tambores. Pero la vida no nos dio para tanto. Hoy estoy sin poder abrazar a ese par de espléndidos creadores, si bien los viejos poemas se me hacen más contundentes porque, ida la carne, hoy más que antes hermano y hermana los habitan.

El mentado proyecto con Delia había tenido un soporte visual proveniente de dos eventos llenos de revolear de polleras al ritmo de tamboras, flautas de millo o gaitas. Acompañando a otro inolvidable personaje —Nina de Friedemann— estaba reseñando el desfile del Carnaval de Barranquilla (1976) cuando el visor de mi cámara se llenó con la epifanía del Espíritu y Poder de la Danza: una morena en trance de tambor se grabó para siempre en mí, igual a cuando muchos años atrás viera a Delia por primera vez en una de sus múltiples presentaciones en Bogotá. Siempre que evoco una de esas imágenes se presenta la otra, traslapándose. Fue al regreso de ese inolvidable Carnaval —no era poca cosa auscultarlo y vivirlo con la intermediación de una de las mayores especialistas en negritud que ha tenido Colombia— cuando le bosquejé a la gran bailarina y coreógrafa aquella iniciativa.

Acompañando a Nina como fotógrafo, ese viaje hacia la negritud —factor racial que también está en mis genes— aportó otras vivencias decisivas. Algunas de ellas las coseché en el Palenque de San Basilio. Buenos días pasé en compañía de la gran investigadora compartiendo con esa cálida gente la profunda cotidianidad de sus vidas. Del registro gráfico mi foto preferida es la de un abuelo sentado, cumplidas ya las fatigosas tareas cotidianas, recostando la silla en la blanca y descascarada pared de su casa de bahareque mientras fumaba

un largo y grueso tabaco. Alguien me dijo que ese anciano era un gran cuentero. Evocándolo fragüé el poema que aquí consigno. Hay momentos en los que no es él quien en mi memoria se repantiga en su asiento de cuero dejándose invadir por el reposo de la tarde, sino que es don Manué Zapata Olivella quien me desgrana desde allí un cuento de resistencia y libertad.

En 1984 tuve la oportunidad de volver al Putumayo, a la región de Orito. Adelantaba en esos días un detallado registro fotográfico de las instalaciones de Ecopetrol —y compañías asociadas— en todo el país. Veintiún años antes, cuando recién se iniciaba allí la exploración petrolera, había efectuado mi primera aproximación a la Amazonia colombiana. Hice parte de una banda de kofanes que durante una semana batió esas alucinantes selvas en una afortunada partida de caza. Se me encomendó participar y reseñar la actividad cinegética de esa nación indígena, dentro de una investigación etnográfica dirigida por el español Manuel Lucena, mi colega por ese entonces en la Universidad Nacional. Cuatro lustros después de aquella aventura no quedaban sino potreros y sembradíos; los árboles en pie de esa frondosa selva eran solo los del recuerdo y ya infinidad de colonos procedentes del interior andino se habían comido la fauna considerada por ellos útil y exterminado la *inútil*¹. Fui al río Guamués y fotografié la contaminación producida por los vertederos de petróleo. Y allí, por donde había estado rastreando cerrillos, dantas y venados, y pernoctando en las frescas chozas de los kofanes, no quedaba ya ningún taita con quien beber yajé, la pócima sagrada. Otro paraíso perdido, sumergido en mares de coca con destino no al ritual de la Palabra (mambeo), sino a la inhumana plaga del narcotráfico. Pero desde la orilla del río vi al negro Manué impulsando su canoa con un largo remo, de pie, al estilo de los ríos del litoral pacífico; así me dijeron que se llamaba, que había llegado de muy lejos y que vivía solo y lleno de silencios.

1 Dentro de un planteamiento armónico, todas las especies resultan necesarias para mantener el equilibrio del complejo y frágil tejido de la vida.



El boga viejo

A Manuel Zapata Olivella

Boga, boga que boga.
Manué, el boga más viejo,
de bogar siempre tan solo
se volvió sólo silencio.

El hombre remaba el río.
Era bronce y era verso.

El río de tanto viaje
le fue creciendo por dentro.

Saben que los dos son uno
quienes lo han visto remando.

Manué calla para afuera,
por dentro es un río cantando.

Orito, noviembre 30 de 1984

El viejo cuentero

*Para Manuel Zapata Olivella,
narrador incurable*

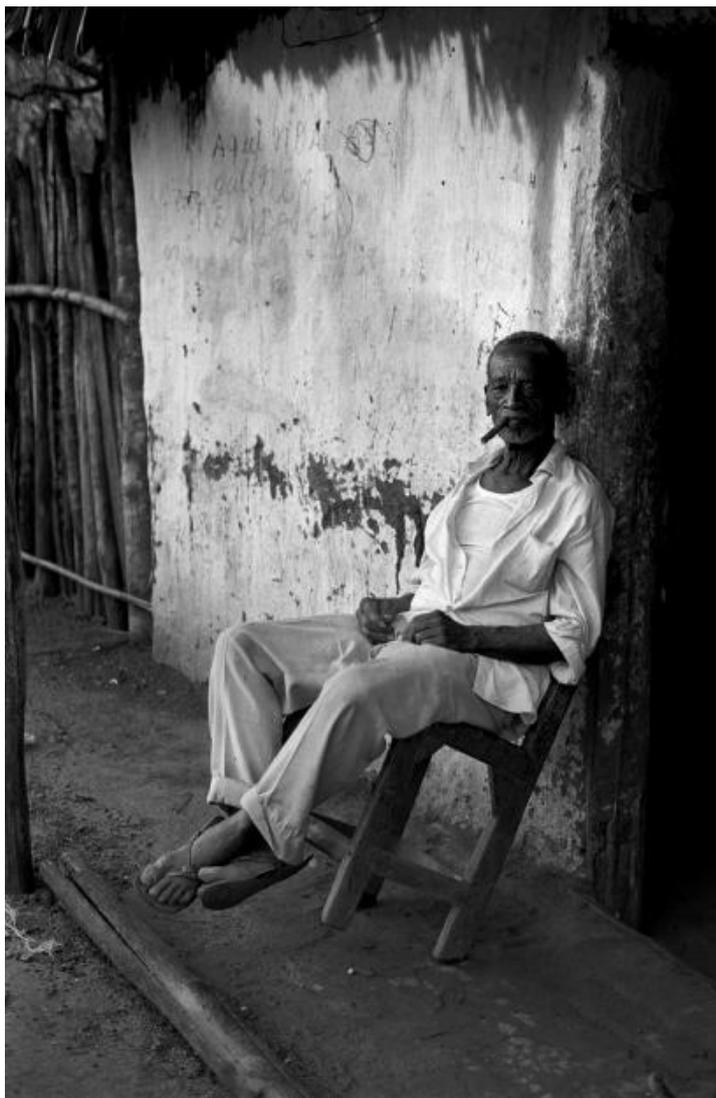
Dejando pasar las horas,
viejo que cuentas historias,
vas espigando en la calma
tu cosecha de memorias.

El humo de tu tabaco
no es un sueño que se pierde,
es silencio que en la tarde
va convocando los duendes.

Ellos llegarán de noche
cuando los nietos pregunten
y tú les dirás los cuentos
que en tu oído te susurren.

Viejo cuentero tu vida
es un tejido de cuento.
Si no se cuenta la vida
de nada vale el silencio.

Bogotá, enero 15 de 1991





Cumbia

*Soñé que Delia danzaba
a la orilla de la mar;
sueño de olas y de cumbias,
de viento, sol y
palmar.*

Está que danza la Delia,
naciendo en su ritmo va,
tallándose desde dentro
toda sol y oscuridad.

La cumbia la lleva y mece
con su sangre de tambor;
sus caderas tienen fiebre
más ardiente que el velón.

Delia bailando en la playa
que ve las olas danzar.
No es ella quien las imita,
quien la remeda es la mar.

Bogotá, marzo 17 de 1991

Cantiga

Para Delia, cuando camina

¿A qué va la bien morena
por la orilla de la mar?
Va a encontrarse con su amante
que la espera en el palmar.

Lleva la risa en la sangre,
cimbra su talle al andar,
y es que el ritmo que la mece
lo aprendió de palma y mar.

Qué no diera en ser su amante,
muchacha de sol y sal,
para esperar en la tarde
tal regalo de la mar.

Bogotá, agosto 22 de 2000





Eulalia

Soy Eulalia,
hija de Fernando y Olga,
nieta de Angelino Tapi,
el más poderoso “cantador de jai”
del Catrú y del alto Dubaza.

Espero al que vendrá por mí,
y a quien elegiré entre muchos,
el que me hará tambo grande,
de quien tendré hijos
fuertes para la lucha cuerpo a cuerpo
y con potente grito de pelea,
ligeros para correr el venado,
certeros para lancear el cerdo salvaje
y aguantadores para pescar
sumergiéndose en el fondo
de las pozas oscuras.

Bogotá, diciembre de 1980

Página del libro de Manuel Zapata Olivella

La rebelión de los genes

Frente a Dakar, en la pequeña isla de Goré, persiste el reducto amurallado de lo que fuera una antigua fortaleza donde se recluía a los africanos cazados en las ciudades imperiales, sabanas, selvas y costas de los antiguos reinos del Níger. En las calles de la ciudad, al tañer de la *kora*², los *grilots* relatan que en las noches brumosas, arrastrados por los vientos marinos, se oyen los lamentos y cantos de los muertos en vida despidiéndose desde Goré, por siempre, de su África. Hacinaados y encadenados, los cientos de prisioneros prolongaban su agonía a la espera de los barcos traficantes que los conducirían al “país del nunca retorno”, América, la tierra de los ancestros insepultos.

El 10 de enero de 1974, fasto indeleble en mi memoria, escoltados por banderas y redobles marciales, en compañía del presidente Senghor, los delegados al Coloquio visitamos la isla, declarada monumento continental por los Estados Africanos para conmemorar la partida de los millones de hijos de África hacia América. Recorrimos las ruinas del muelle de embarque, los minarettes, fosos y rampas, la alcaldía y las oscuras y sofocantes bóvedas donde sepultaban a los condenados al destierro. En este tétrico itinerario fui elegido, ignoro por cuál *oricha* del panteón yoruba para cumplir el acto sacramental de padecer y rememorar allí, toda la noche, los suplicios sufridos por nuestros antepasados.

Manifesté mi propósito al director del recinto amurallado, y como si de repente viera reencarnarse un fantasma de los que noche tras noche lloraban su pena entre aquellos socavones, con mirada aterrorizada y exorcismos expresó lo irracional de mi pedido.

2 Arpa criolla.

A pasos lentos, ya obsesionado, abordé al presidente Senghor, entre escritores y edecanes, demandándole que me permitiera pernoctar en las catacumbas donde hacinaban a los prisioneros. No fue menos desorbitada su extrañeza ante la razón de mi sinrazón. Para ganarlo al bando de la insania, me apresuré a aclararle:

— Llevo varios años escribiendo una novela sobre la epopeya de la negritud en América, la que se inicia precisamente aquí, en esta “Casa de los Muertos”. Quisiera pasar la noche desnudo sobre las piedras lacerantes, hundirme en las úlceras y los llantos de mis ancestros durante la larga espera de los barcos para ser conducidos a Cartagena, donde nací³ y donde preservamos su aliento y su memoria.

¡Milagro de la iluminación! El poeta, no el presidente, autorizó mi calvario. Esa noche, sobre la roca, humedecido por la lluvia del mar, entre cangrejos, ratas, cucarachas y mosquitos, a la pálida luz de una alta y enrejada claraboya, luna de difuntos, ante mí desfilaron jóvenes, adultos, mujeres, niños, todos encadenados, silenciosos, para hundirse en las bodegas, el crujió de los dientes masticando los grillos. Las horas avanzaban sin estrellas que pusieran término a la oscuridad. Alguien, sonriente, los ojos relampagueantes, se desprendió de la fila y, acercándose, posó su mano encadenada sobre mi cabeza. Algo así como una lágrima rodó por su mejilla. ¡Tuve la inconmensurable e indefinible sensación de que mi más antiguo abuelo o abuela me había reconocido!

(Zapata Olivella, Manuel, *La rebelión de los genes. El mestizaje americano en la sociedad futura*. Altamir Ediciones, Bogotá, 1997, pp. 98-100).

3 Nacido en Loricá, Córdoba, el autor se crió y pasó si infancia y juventud en Cartagena de Indias.

Este libro fue editado por la Editorial Universidad Nacional de Colombia y el Programa Editorial Universidad del Valle para la Feria Internacional del Libro de Cali 2020.

El texto fue compuesto en caracteres
Adobe Caslon Pro y Galliard BT.

El libro se publicó en Bogotá, en octubre de 2020.



Universidad
del Valle

Programa *Editorial*

Editorial



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA



Programa Editorial

Editorial



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO de CALI



GEUP
GRUPO DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO

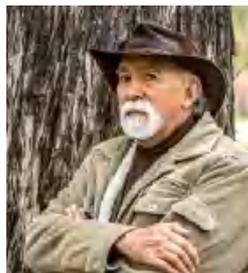


Foto de F. Robayo.

Fernando Urbina Rangel

Pamplona, Colombia, 1939.
Graduado en Filosofía en la Universidad Nacional
de Colombia en 1963 y desde ese mismo año
docente en esta institución hasta 2004.
Investigador en mitologías indígenas y arte
rupestre.

Un libro con imágenes, poemas y otros textos
para recordar a Manuel y a Delia, personajes
cuyas vidas plenas de realizaciones le dieron
más rostros al *alma mater*. Profundos y alegres
compromisos de estos hermanos cuyas
investigaciones, textos y danzas contribuyeron a
implantar en los colombianos la esencia de la
dimensión afro de nuestra multifacética cultura.
Dejaron obra. Esa que perdura.

ISBN: 978-958-794-276-7



9 789587 942767

